

# Cognición, sentido y figura de retórica

**Jean-Marie Klinkenberg**

Profesor de semiología y retórica en la Universidad de Lieja. Fue representante de Bélgica en la Comisión directiva de la Asociación Internacional de Semiótica. Es vicepresidente de la Asociación Internacional de Semiótica visual, especialista en culturas francófonas y, en su país, presidente del Consejo Superior de Lengua Francesa. Entre los numerosos trabajos publicados, individualmente o con el equipo interdisciplinario denominado "Grupo u", se destacan *Rhétorique générale* (1970), un clásico de ciencias humanas traducido en alrededor de quince lenguas, *Style et Archaïsme dans La Légende d'Ulenspiegel de Charles De Coster* (1973), *Rhétorique de la poésie* (1977), *Semiotic Landscape* (1979), *La littérature française de Belgique* (1980), *Langages et Collectivités* (1981), *Le Sens rhétorique* (1990), *Traité du signe visuel* (1992), *Des langues romanes* (1994), *Précis de sémiotique générale*.

## Traducción

Centro de Traducción y Terminología,  
Facultad de Bellas Artes, UNLP.  
Área de Inglés: Ana María Ferrari y Anahi Diana Cuestas.  
Área de Francés: Beatriz Amanda Chiappa y María Silvina Vega Zarca

### 1. Los orígenes del sentido: aporías de los modelos tradicionales

#### 1.1. ¿De dónde viene el sentido?

Las teorías del sentido son numerosas. Hay sin embargo una cuestión que la mayor parte de ellas evita, y en todo caso las que son al mismo tiempo teorías de la comunicación: ¿de dónde viene ese sentido?

Muy a menudo, en efecto esas teorías del sentido parten del axioma de la convencionalidad: se invoca un acuerdo previo a toda comunicación, y la existencia de un código exterior a las conciencias individuales, código que se imponería, de manera imperativa, a los diferentes interlocutores del intercambio. Esta concepción sociológica que era la de Ferdinand de Saussure, y que proviene en línea recta de Deurkhim, no es ideológicamente neutra. En efecto llega la idea de que los locutores son intercambiables. De pronto elimina toda tensión entre ellos. Y no deja en consecuencia ninguna perspectiva de negociación. Pero no es esto lo que me ocupará hoy. Quisiera insistir en el hecho de que la teoría de la convencionalidad "recubre con un velo opaco las etapas que preceden a la convención. No explica cómo el sentido se elaboró [...] ni lo que ocurre [...] antes de que los consensos se hayan establecido" (Saint-Martin, 1987).

Ese problema puede ser reformulado de la manera siguiente: ¿cómo emerge el sentido de la experiencia? Problema antiguo, y particularmente irritante. Plantea en efecto la cuestión del vínculo que se contrae entre un sentido que parece no tener fundamento físico y los estímulos físicos que provienen del mundo exterior, estímulos que como tales no parecen tener sentido. Ese problema es antiguo, digo: animó toda la reflexión filosófica occidental, de Parménides a Descartes, de Malebranche a Husserl, de Hume a Peirce y del idealismo a la fenomenología...

¿Incumbe a la semiótica resolverlo? A primera vista no lo parece. El pensamiento estructuralista siempre defendió la idea aparentemente paradójica según la cual "toda estructuración de un campo supone un principio estructurante que es en sí mismo no estructurable." (Nef, 1976). Se puede ver ahí cierta circularidad. Pero ésta no es otra cosa que la aplicación de un principio famoso de Godel: los fundamentos que permiten formalizar un sistema no pueden en sí mismos ser formalizados. En lingüística, la manifestación más conocida de esta circularidad es sin duda la estructuración del campo de la expresión: se sabe que exige el recurso al conocimiento del campo del contenido, que debe ser aceptado como un *más allá* y que para estructurar el campo del

contenido es necesario recurrir al campo de la expresión.

Quien dice *estructura dice distinción, oposición*. La oposición constituye uno de los conceptos de base de la semiótica, de la misma manera que la convención en la lingüística saussurianna. Pero, en virtud de la circularidad de la que acabo de hablar, esos conceptos son puros axiomas, especie de a priori kantianos. En definitiva, el sentido se nos escapa y no se puede decir nada sobre sus orígenes.

## 1.2. Dos respuestas

Una cuestión se plantea sin embargo en el momento de recurrir al principio estructurante exterior. ¿Cuál vamos a elegir? ¿Son todos de pertinencia igual? En líneas generales, las escuelas semióticas aportan dos tipos de respuestas a esta cuestión. Están por una parte las escuelas racionalistas, en general europeas, y que se inscriben en una corriente del pensamiento ilustrado por Saussure primeramente, luego por Hjelmslev y después Greimas. Está por otra parte el pensamiento pragmático, ilustrado por Peirce. Es en general americano.

Para los representantes de las primeras escuelas el principio estructurante exterior podría ser una teoría idealista del conocimiento, más aun un formalismo lógico. Pero la cosa en el fondo es de poca importancia. Lo esencial es para ellos, y aquí cito a Greimas, que la descripción de la lengua puede satisfacerse con su coherencia interna para ser adecuada a su objeto (Dusens, p.51). Reina pues, en esta semiótica la idea de la autonomía total de los signos con relación al mundo. Esta concepción ha desembocado en el concepto de arbitrariedad del signo del cual a menudo se ha hecho un dogma, y llega a poner entre paréntesis la cuestión del punto de contacto entre el mundo y los signos. Se paga caro la calidad alcanzada en la descripción de la lógica interna del sistema: nos condenamos en efecto a no saber para qué sirven los signos.

La respuesta del pragmatismo es muy diferente, y podemos decir que la semiótica de Peirce toma aquí la contrapartida del racionalismo europeo.

El pensamiento peirceano reserva en efecto una parte importante a la hipótesis. El papel de la hipótesis es capital en el funcionamiento de la abducción que es, a los ojos de Peirce, el tipo de inferencia más propio para modificar nuestro conocimiento del mundo. Ahora bien, esta inferencia, como todas las otras, funciona siempre a partir de datos provistos por la experiencia. La experiencia toma pues cierto lugar en la teoría, ese lugar que le negará la semiótica post-saussuriana.

De todas maneras, la cuestión de la relación entre el mundo y los signos no recibe en Peirce una respuesta mucho más satisfactoria que en Greimas. Para él, los objetos son "reales". Es decir independientes de la idea que nosotros nos hacemos de ellos. Y son ellos, quienes al imponerse a nosotros, despiertan el proceso que él llama *semiosis*. Tal posición es evidentemente discutible. Peirce había ciertamente visto muy bien el problema planteado por la relación entre el objeto percibido y la percepción y había intentado dar un modelo de esta percepción. Pero queda mudo sobre el mecanismo que sirve para interpretar los datos, los cuales son por definición percibidos como incompletos (puesto que desembocan necesariamente en inferencias). ¿Por qué fuerzas ese mecanismo de interpretación se movió? Peirce parece aquí apuntar a la existencia de una especie de fuerza semiótica connatural al hombre: "el signo que el hombre utiliza es el hombre mismo" escribe Peirce (5.314). Hay ahí una concepción psicológica que merece por lo menos una explicación. Porque afirmar que hay *semiosis* porque hay en el hombre una *virtus semiótica* es poco útil. La *démarche* que permite a Peirce afirmar que es la abducción y no la deducción la que nos permite renovar nuestro conocimiento del mundo sigue siendo pues especulativa.

Así, para unos, y cito nuevamente a Greimas "captamos discontinuidades en un mundo del que no sabe-

mos nada" (Dusens, pag. 9), pero ¿cómo, continuo, captamos esas discontinuidades? No se nos dice nada. Los otros saben que el mundo ya está ahí, pero no se inquietan tampoco por la manera en que llegan las discontinuidades que ellos captan. Las dos posiciones en apariencia opuestas desembocan pues sobre un mismo *non possumus*.

## 1.3. La tercera vía: Una semiótica cognitiva

Quisiera defender aquí una tercera vía: la de una semiótica cognitiva. Una semiótica cognitiva que permite dejar atrás la oposición entre los recortes a priori del racionalismo estructuralista europeo y la creencia en la objetividad del percept que traba al empirismo americano. ¿Cuál es el principio estructurante de tal semiótica? Será también tan exterior como en las otras teorías. Pero será sin duda más pertinente, porque permitirá mostrar que el principio de oposición tiene fundamentos sólidos en los datos exteriores al sistema. Y especialmente en nuestro aparato perceptivo.

La tesis de esta semiótica es que el sentido proviene de una interacción entre los estímulos y los modelos. Lo que supone un movimiento doble, que va del mundo al sujeto semiótico y de éste al mundo. En uno de los movimientos, los estímulos son objeto de una elaboración cognitiva a la luz del modelo; y en otro es el modelo el que es modificado por los datos provistos por la experiencia. Esta idea será evidentemente familiar a los que se han vinculado con la gestalt psicología o a los que recuerdan la pareja acomodación-asimilación, hecha célebre por Piaget.

## 2. Percepción y conocimiento

### 2.1. Cualidades y entidades

En la perspectiva que acaba de ser evocada, semiótica y cognición están estrechamente ligadas. Podemos plantear que la estructura semiótica

elemental refleja exactamente nuestra actividad de percepción. Es necesario pues ahora dedicarnos a esta última. Sea un campo cualquiera, sobre el cual aplicamos la actividad de la percepción.

En su desarrollo más simple, esta actividad consiste en detectar una *cualidad* translocal en el campo. Nuestros órganos perceptivos y el sistema nervioso central están en efecto equipados para detectar las invariantes en un campo dado. Mi mirada por ejemplo no se contenta con detectar múltiples puntos yuxtapuestos: si todos esos puntos tienen la misma luminosidad y la misma dominante cromática, diré que constituyen juntos una mancha o una forma precisa. Ahora bien, detectar una cualidad en un campo permite distinguir una entidad, dotada de esa cualidad, y discriminarla con relación a su entorno. Veamos y comentemos algunos ejemplos. En el aire percibo un aullido de sirena (entidad) agudo y poderoso (cualidad). Sobre ese papel blanco discierno una mancha (entidad) azul (cualidad). Forma y fondo. La forma no es otra cosa que un conjunto de puntos considerados como que forman parte de un mismo conjunto. ¿Por qué ese juicio? Porque esos puntos presentan cualidades idénticas y estas cualidades son suficientemente diferentes de las que presentan los puntos del fondo. El aparato que constituye nuestra retina (que está lejos de ser la placa fotográfica pasiva de nuestros manuales de biología) está programada para distinguir los estímulos, es decir para limar las diferencias poco importantes y acrecentar en cambio los contrastes más importantes.

La conjunción de esas dos adquisiciones simultáneas, cualidad y entidad, constituye un conocimiento elemental. La entidad es una parte del campo perceptivo total, que se encuentra recortado en objetos distintos. En cuanto a la cualidad, o propiedad, caracteriza toda la entidad (puesto que es translocal). La entidad es de alguna manera una cualidad que se ha hecho cosa: una cualidad reificada.

Es necesario pues notar que este conocimiento elemental puede ser almacenado en la memoria a largo plazo. Es la memoria, en efecto, la que permite comparar entre sí cualidades y en consecuencia entidades. Es la puesta en evidencia y el almacenamiento de cualidades lo que permite elaborar clases y en consecuencia integrar entidades a esas clases. Puedo hacer la experiencia repetida de cualidades asociadas como rojo, esférico, comestible, jugoso, y a partir de ahí crear la clase "tomate".

Voy a completar inmediatamente esta descripción, insuficiente en esta etapa (porque categorizar, no es solamente clasificar). Pero me es necesario marcar una pausa en estas clases; hay que observar con respecto a eso dos cosas que tendrán toda su importancia en el momento en que abordaremos el problema de la figura retórica.

Primeramente, la noción de clase no debe ser tomada aquí en un sentido restrictivo. La lógica nos ha enseñado que hay conjuntos no bien delimitados. En otros términos, una entidad puede conocer grados diversos de pertenencia a una o varias clases. Así una mancha puede ser más o menos azul; una señal caminera "prohibido pasar" será más o menos colorada según sea más o menos nueva o que haya sido lavada por la lluvia y el sol; la mancha pertenecerá en consecuencia fuerte o débilmente a la clase de los objetos azules y la señal fuerte o débilmente, a la clase de los objetos colorados. En otros términos también podemos atribuir fuerte o débilmente una cualidad dada a esa entidad. Para nuestra cultura el gorrión pertenece fuertemente a la clase pájaros, porque presenta todas las cualidades prototípicas: tiene un pico, alas, vuela... El pingüino presenta un número inferior de esas cualidades y tiene pues un grado menor de pertenencia a esa clase. En cuanto al kiwi su caso es discutible...

Por otra parte, segunda observación, no se dan las clases desde siem-

pre y una vez por todas. Ciertas clases tienen una existencia muy institucionalizada y otras no. La clase de los "animales" nos es familiar, como la de los "objetos del hogar". Su institucionalización les da todas las apariencias de la objetividad. Pero la clase de los "objetos colorados" tiene un menor grado de evidencia, y la de los "objetos chatos" o de los "objetos energéticos" están menos institucionalizadas todavía. Ahora bien, la existencia de esas clases es necesaria para dar cuenta de figuras como las que se encuentran en los enunciados (1), (2), o (3):

- (1) Tu lengua, ese pez colorado en el bocal de tu voz.
- (2) El lecho rehace arenas rutilantes.
- (3) Ponga un tigre en su motor.

La clase de "objetos colorados y móviles" se produce (si no está disponible) para comprender a la vez "lengua" y "pez". Postular la de los "objetos chatos" permite asociar "playa a marea baja" y "lecho rehecho", la de los "objetos energéticos" permite asociar "tigre" y "nafta". Ciertamente un problema subsiste: ¿cuál es la fuente de la fuerte o débil institucionalización de una clase? No plantear esta cuestión sería apoyarse una vez más en el axioma de la convencionalidad, de la que he hablado al comenzar. Esto evidentemente lo deberemos buscar fuera de las leyes del sistema mismo. Las clases existen en efecto en razón de su interés social o biológico.

En este punto, me permito anticipar sobre la continuación en donde tendremos que tratar a la figura de retórica. Habrán reconocido metáforas en los ejemplos que acabo de utilizar. Podemos también observar que la metáfora procede de un doble movimiento: por una parte, lesiona la estabilidad de clases muy institucionalizadas, incluyendo entidades que no parecen a priori ostentar la cuali-

dad que constituye la clase; por otra, constituye un juicio de pertenencia de dos entidades a una clase, pero a una clase débilmente institucionalizada, o institucionalizada en el momento del discurso.

Dejemos momentáneamente la figura de lado, y volvamos al esquema general de la cognición, cualidad y entidad, y procedimientos de clasificación. Vuelvo al tema para indicar que toda la *démarche* científica procede de esas operaciones elementales. Se lleva a cabo en efecto en el campo perceptivo total de las distinciones cada vez más finas.

Observemos dos cosas a propósito de la *démarche* de la ciencia, sobre la cual me extenderé más lejos.

Primeramente, hay que indicar que el movimiento de distinción no es rectilíneo. La ciencia admite a menudo cuestionar cierta cualidad translocal. Es así como la consideración del biotopo, que aunque autorizaba a clasificar a la ballena entre los peces en nombre de una de sus cualidades cedió su lugar a otras consideraciones que le confirieron nuevas cualidades sobresalientes, las cuales indicaron que se la podría clasificar de otra manera. Al mismo tiempo, cuestionando una cualidad, la ciencia puede ir hasta a renunciar a considerar como confirmada la entidad segregada correspondiente. Es aun así como se ha reconocido desde hace largo tiempo que las constelaciones a pesar de la figura perceptible que dibujan en el cielo están en realidad constituidas por estrellas que no tienen entre sí ninguna relación privilegiada.

La segunda cosa que debemos notar en líneas generales es que el discurso científico asocia también él, a veces, entidades en el seno de clases poco institucionalizadas, por lo menos inicialmente ¿estaría emparejado en eso a los discursos retóricos? Sí, y volveré a ese punto.

Por el momento, vamos a resumir. Ya se trate del saber más común o de la disciplina científica más

sofisticada se ha recorrido el árbol de las disyunciones por la *démarche* cognitiva, en el sentido de distinciones siempre nuevas y multiplicadas. Se trata de un proceso incansable, pero no necesariamente rectilíneo. En el curso de ese proceso encontramos nuevos matices, nuevas clasificaciones aceptando cuestionarlas si es necesario.

## 2.2. Entidades e interacciones

Se ordenan en clases las entidades segregadas en el campo perceptivo, sobre la base de las cualidades translocales que les son atribuidas. Pero por el hecho mismo de que están segregadas entran en relación con otras entidades, que tienen ellas también sus cualidades. El fondo sobre el cual se destaca una forma es él mismo una entidad, puesto que presenta una cualidad translocal distinta de la primera: por ejemplo, la hoja sobre la cual se destaca una mancha azul es una entidad que tiene su cualidad. Vemos pues que la noción misma de *entidad* presupone la de *interacción*: sólo podemos distinguir entidades gracias a una relación de contraste entre dos cualidades.

Como las entidades y las cualidades mismas, esas interacciones tienen pues una fuente perceptiva. Decir que se distinguen ciertas entidades de lo que las rodea equivale a poner en evidencia la noción de *contraste*. Ahora bien, la mecánica perceptiva da un sentido a esos contrastes; ese sentido, es la interacción. Las formas próximas pueden integrarse a una forma superior considerada como un todo. Es así como por ejemplo redondeles o puntos próximos pueden aunque estén claramente separados los unos de los otros constituir un dibujo único.

Con la noción de *interacción*, que viene a completar las nociones de *cualidad* y de *entidad*, nosotros disponemos ahora de un modelo de la categorización que no está reducido

a la simple clasificación. Porque, lo repito, categorizar no es solamente clasificar.

## 2.3. Percepción y semióticas

Todas las reflexiones que preceden conciernen a la percepción pero valen también para los instrumentos que sirven para expresar ese saber perceptivo. Como lo sabemos el signo es el instrumento que sirve para categorizar el mundo. Debemos pues esperar reencontrar la estructura de base, cualidades, entidades, interacciones, en todas las semióticas, como el lenguaje verbal seguro, pero también el de las imágenes, los símbolos químicos, los colores, etc. Tanto en las semióticas como en el conocimiento perceptivo, el sentido es el resultado de un acto de distinción. Segregamos ciertas unidades de un continuum, en nombre de cierto valor. Se segregan así por ejemplo el rojo y el azul de las señales de ruta en el continuum de los colores, en nombre de una oposición de contenidos. Ciertamente como lo sugieren este último ejemplo y la introducción de la noción de *valor*, las semióticas no pueden ser puramente y simplemente reducidas a conocimientos perceptivos; para que haya semiótica es necesario algo más que el acto de distinción, es necesario que se hayan puesto en relación un plano del contenido y un plano de la expresión. Pero lo que hemos establecido hasta el presente sugiere ya que se podrán comparar unidad (semiótica) y entidad (perceptiva), valor (semiótico) y cualidad (perceptiva); y que en general podremos acercar percepción y semiótica. Viendo en el sentido el resultado de un acto de recorte de un continuum, la semiótica lo ha acercado implícitamente a la *démarche* perceptual. Vemos ahora que ese acercamiento puede ser explícito.

Todo ocurre como si el pensamiento humano sólo pudiera funcionar, en un plano más general, elaborando conjuntamente un repertorio de entidades

un conjunto de reglas que dirigen sus interacciones, así el físico busca las partículas elementales (mesones) y describe sus interacciones fuertes o débiles (atracciones de masas, fuerzas eléctricas y magnética...) ocurre lo mismo para la mecánica ("movimientos" de los "cuerpos"...), la química ("propiedades" de los "elementos"...), la ecología ("equilibrio" de las "especies"...), la psicología ("comportamientos" de los "individuos"...). Los lenguajes también reproducen esta estructura de base, puesto que se los describe como conjuntos de unidades de extensión variable, unidades que se combinan según las reglas complejas... En cada una de esas disciplinas o en cada una de esas semióticas la categorización puede presentarse, lo hemos visto, bajo las especies de una predicación: categorizar, es siempre predicar. El proceso perceptivo de segregación, de discriminación, está pues en la base de la estructura semiótica elemental. Permite la predicación y la oposición. La predicación: los mecanismos perceptivos permiten plantear "x tiene la propiedad m". Esta observación tendrá toda su importancia cuando volvamos a la metáfora que ya se ha definido como una "modificación de nuestra categorización de la experiencia": la figura formula, a propósito de una entidad del mundo predicados categoriales nuevos. La oposición: permiten plantear "x se opone a y porque y no tiene la propiedad m". Estamos así muy lejos del objetivismo peirciano. La negación no existe en las cosas, sino en los juicios perceptivos sobre las cosas. Más adelante, llamaré *enciclopedia* o *sistema de creencia* a un sistema dado de clasificaciones de entidades a las cuales atribuimos ciertas interacciones.

#### 2.4. El carácter provisorio de las enciclopedias

Dije hace un momento que habíamos recorrido la pirámide de las disyunciones por la *démarche* cognitiva, en el sentido de distinciones siem-

pre nuevas y multiplicadas, en un proceso que no tiene términos, puesto que las cualidades reconocidas pueden ser cuestionadas sin cesar. Pero hablé también de un movimiento cognitivo doble: del mundo a los modelos semióticos y de estos al mundo. La existencia de dos movimientos sugiere también que la dialéctica cognitiva no tiene término necesario. Los dos movimientos de base pueden en efecto prolongarse en nuevos pares de movimientos que pueden ser muy amplios: creación de informaciones nuevas y en consecuencia modificación de la experiencia, o creación de universos conceptuales nuevos.

Toda categorización tiene pues un carácter frágil y provisorio. Hay clases que pueden ser rechazadas en beneficio de otras clases. Esta fragilidad proviene también del hecho de que esas enciclopedias son plurales. Pero no es solamente por razones cognitivas. Ese carácter frágil y provisorio tiene también un origen social y pragmático. O más bien un triple origen social y pragmático.

Primeramente porque hay tensión entre los dos tipos de *démarches* -una movida por la empiria, la otra por lo que se podría llamar *idealismo* (si la palabra no estuviera connotada negativamente): las dos llegan a la elaboración de sistemas conceptuales que pueden ser divergentes.

Luego hay diferentes maneras de clasificar a las entidades, diferentes enciclopedias, según el punto de vista que adoptemos, dicho de otra manera, según las cualidades que se ponen en evidencia. El botánico ordena la mayor parte de lo que nosotros llamamos los hongos con la roya del trigo en el orden de los basomisetos, pero el aficionado a los hongos, quitará esta roya del trigo de su campo de interés, en donde recibirá por el contrario las morillas, los pezizos y las trufas, que el botánico por su parte habrá clasificado en el orden de las ascomicetas, con ciertos mohos y la levadura de cerveza. Hace un momento describí al físico buscando sus partículas. Sabe-

mos que esas entidades preocupan también al filósofo y al químico pero desde puntos de vista diferentes. La cualidad que tiene una entidad de ser una partícula no es cuestionada por el físico mientras que el filósofo interrogará a esta cualidad y el químico no la interrogará pero hará uso de ella. Enciclopedias plurales pues. Mucho mejor, diversas enciclopedias pueden coexistir en un solo y mismo individuo, que puede pues disponer simultáneamente de varios recortes de un mismo conjunto de estímulos. Un ingeniero en construcción marítima en el ejercicio de sus funciones no podrá sostener que el humo es una parte de un barco; pero dibujando el mismo barco para su hijo hará tal vez del humo el elemento principal del barco, porque es esta cualidad "humo" que para el chico, justifica mejor la integración de la entidad a la clase "barco". Dos enciclopedias diferentes pues, puesto que proponen interacciones diferentes entre entidades pero que coexisten en la misma persona.

En fin, todos esos sistemas que se diferencian potencialmente deben comunicarse entre los diferentes miembros del cuerpo social. De modo que pueden manifestarse importantes divergencias entre estos. Esas diferencias abren campo a la confrontación y en consecuencia a la argumentación. Encontramos aquí la retórica, en su definición perelmaniana reformulada por Michel Meyer. La retórica como negociación de distancias. Puedo precisar: negociación de distancias entre las diferentes enciclopedias disponibles. Esta concepción contradice el postulado de la convencionalidad en cuanto este último provocaba la intercambiabilidad de los interlocutores de la comunicación.

### 3. La retórica como mecanismo de reestructuración de los códigos

#### 3.1. La desviación retórica

Hoy, todo el mundo está de acuerdo en definir la figura retórica como un dispositivo que consiste en

la producción de enunciados polifónicos.

Queremos decir con eso que las manipulaciones contextuales particulares obligan al receptor 1) a no satisfacerse con uno o varios elementos presentes en la superficie del enunciado (elementos que llamaré "grado percibido"), y 2) a producir un conjunto sin límite de interpretaciones que vienen a superponerse a ese grado percibido (conjunto no limitado de interpretaciones que llamaré *grado concebido*). Hablo exactamente de superposición: no se trata aquí de una simple sustitución, como podía dejarlo creer la terminología tradicional, que hablaba de sentido propio y de sentido figurado. El efecto retórico proviene en efecto de la interacción dialéctica entre el grado percibido y el conjunto no limitado llamado grado concebido. En la próxima lección volveré con más precisión sobre ese mecanismo. Pero lo que digo hoy bastará para la continuación de la exposición. Para ilustrar ese mecanismo tomemos inmediatamente un ejemplo de la vida cotidiana. Sea un joven optimista que declara:

(4) "Me casé con un ángel".

La palabra /ángel/ no puede ser tomada en el sentido de "ser sobrenatural que juega el papel de mensajero celeste" (grado percibido). El receptor del enunciado comprueba ahí en efecto una incompatibilidad enciclopédica entre el sentido de "casarse", que deja esperar un complemento que designa a un ser de carne y hueso, y el complemento efectivamente producido. Pero va más allá de esa simple comprobación de incompatibilidad. El contexto comprende "casarse", cuyo complemento, en la enciclopedia recibida es necesariamente seres carnales. Ese contexto le permitirá avanzar en la hipótesis que /ángel/ designa aquí cierta categoría de seres carnales. "Ángel" va pues a sufrir una transformación. El receptor del enunciado en efecto va a se-

leccionar ahí los componentes compatibles con el resto del enunciado, como "dulzura", "ternura", "belleza", "pureza", "bondad" y aplicarlos a "ser humano de sexo masculino", que supone el verbo "casarse" cuando es pronunciado por una persona del sexo femenino (grado concebido).

### 3.2. Las reacciones a la desviación y la reestructuración de los códigos

Es necesario ahora, para seguir nuestra idea, concentrarnos en el elemento revaluado; o para decirlo mejor, en el producto de la revaluación. ¿Cuál es su estatus?

Para responder a esta pregunta, podemos observar que hay teóricamente cinco tipos de reacciones a una desviación. Ellos son:

1) La no conciencia: el receptor no percibe la desviación. Es por ejemplo el caso en que el sobreentendido se toma literalmente.

2) El error: se atribuye la desviación a un disfuncionamiento accidental que ocurre en el curso de la transmisión y se lo corrige simplemente. La interacción dialéctica que define la figura no se produce.

3) La desviación propiamente retórica: es conforme a las reglas que acabo de exponer con mi ejemplo.

4) La convencionalización, sobre la cual voy a insistir.

5) La no interpretabilidad: se rompe el contrato de cooperación.

Todas estas reacciones son interesantes. Pero de todas ellas voy a referirme a la tercera y a la cuarta.

En la cuarta, el resultado revaluado de la desviación llega a ser integrado al conjunto en el cual se ha producido. En ese sentido, la figura retórica surge de un pensamiento que podemos calificar de progresivo. Si se la generaliza, esta actitud tiene una consecuencia importante para el sistema semiótico en donde se produce la revaluación: este último sistema entra en un movimiento de expansión. El almacenamiento de creencias, la enciclopedia, se modifica. La

cuestión se plantea tal vez, en el paso de saber quién toma la responsabilidad de esta integración. No puedo tratar aquí exhaustivamente esta importante cuestión. Digamos que en la perspectiva de una teoría de la recepción (en la cual sobresale la retórica), la doble maniobra de revaluación y de integración incumbe al receptor. Pero si el emisor es impotente para imponer un sentido preciso a la revaluación y, más aun, forzar la integración, asume por lo menos, desde el momento que se percibe la desviación (en consecuencia en las reacciones 2 a 5) la responsabilidad de la desviación. Indica pues a su interlocutor que él tiene la obligación de proceder a una revaluación cualquiera (obligación a la cual el interlocutor puede sustraerse: reacción N° 5). Pero la cuestión que me importa aquí es la siguiente: ¿qué ocurre con el estatus del elemento integrado de esa manera? Cesa evidentemente de ser una desviación. La desviación desapareció en el movimiento de expansión. Ese es todo el problema de la catacresis, o figura extinguida. Me refiero al pasar al problema de la pretendida "metáfora científica". No hay que confundir metafóricidad retórica y transferencia conceptual, en nombre de un rasgo común que sería "la analogía". Este concepto de *analogía* es en efecto muy vago; remite a dos *démarches* que la terminología antigua distinguía perfectamente: la *similitudo* y la *comparatio*. Las *démarches* cognitivas clásicas explotan tanto la *similitudo* como la *comparatio*, pero la figura de retórica se funda exclusivamente en la *similitudo*. Como expondré en el momento de la próxima lección, la transferencia de un concepto de un dominio al otro, por ejemplo el de los conceptos de *sintaxis* o de *metáfora* a la semiótica icónica, obedece a reglas que excluyen precisamente la retoricidad.

Acabamos de ver que el resultado revaluado de la desviación podía integrarse al conjunto en el cual se ha producido. Pero hay otra representación posible del producto revaluado de la desviación. Es la siguiente: la desviación es considerada como exterior al

conjunto en el cual se ha producido. La figura, apuntando a nuevas cualidades, da un nuevo estatus a las entidades, que está ubicada en nuevas clases, susceptibles de mantener nuevas relaciones. Pero una variante importante de esta segunda lectura es posible. El elemento es considerado como perteneciente a un conjunto que englobaría al primer conjunto potencial englobante. Cada figura no sería pues más que la actualización de una virtualidad de ese conjunto. También en ese sentido, la retórica es progresiva. Cada acto retórico genera en efecto una exploración de las potencialidades del mundo semiótico. Produce nuevos recortes accesibles a nuevos interlocutores del intercambio semiótico.

Vemos inmediatamente el interés de esta descripción. Indicar que la figura es violación de cierto tipo de clasificación que se sitúa en el nivel *m*, pero la aplicación de las reglas de un segundo sistema situado en un nudo superior permite en efecto conciliar dos concepciones aparentemente irreconciliables de esa figura: la que ve en la figura una violación de las reglas del intercambio lingüístico, y la que ve un uso completamente conforme a esas reglas. Paradoja que no muchos retóricos, asombrándose de que el uso de los tropos sea a la vez desviador y cotidiano, en consecuencia "normal", han tenido dificultades en resolver hasta el presente.

Todo esto me permite marcar una propiedad de la desviación retórica. Esta es, simultáneamente, contestación de un orden anterior y confirmación de este orden. O, para decirlo con más precisión, es confirmación de la existencia de un sistema, pero es también reorganización de las relaciones entre las unidades del sistema.

### 3.3. Instrumentos de la reorganización retórica

#### *El rol privilegiado de la metáfora.*

Ese rol reorganizador, no lo hacen todos los tropos de la misma

manera. Es indudablemente la metáfora la que más fácilmente recategoriza la experiencia.

Ésta funciona en efecto sobre la base de una intersección de dos conjuntos de propiedades enciclopédicas. Como lo expondré en el curso de la próxima lección, la intersección propiamente dicha constituye el basamento lógico de la figura. Pero el interés de la maniobra no consiste en marcar la co-posesión de esas propiedades enciclopédicas. Como ya lo hemos dicho, el efecto retórico proviene de la interacción dialéctica entre el grado percibido y el conjunto indistinto llamado *grado concebido*. En el caso de la metáfora, la maniobra consiste en extender a la reunión de los dos conjuntos lo que sólo pertenece a su intersección; dicho de otra manera, a convalidar el máximo de rasgos que provienen del grado percibido en la representación de lo concebido. La estructura interseccional de la metáfora le confiere así su poderosa función mediadora. De ahí sus importantes potencialidades hermenéuticas, puestas en evidencia por Paul Ricoeur (1975). Como desviación de categorización establece conexiones nuevas en nuestras estructuras enciclopédicas.

Frente a la metáfora, los otros tropos sólo tienen un débil papel reorganizador.

Las metonimias y las sinédoques del todo por la parte y de la parte por el todo, explotan relaciones entre entidades fuertemente estabilizadas en una enciclopedia ya socializada. La metonimia y esas especies de sinédoques no construyen las interacciones. Se limitan "a valorizar su arraigamiento profundo en la percepción y en la categorización de los objetos" (Prandi, 1992, p. 15). En cuanto a las sinédoques de la especie por el género y el género por la especie, sabemos que su carácter figural es a menudo discutible: decir "el animal salta" no es figural, aun cuando sepamos que el animal en cuestión es un perro, y aun cuando sepamos que responde a un

nombre preciso, Mirza o Medog. La maniobra de generalización o de particularización está completamente prevista por el código. Podemos siempre designar un miembro de una clase por la etiqueta de la clase a la cual pertenece. Cuando una generalización o una particularización es auténticamente figural, dicho de otra manera, cuando se trata de una verdadera sinédoque, la maniobra de generalización o de particularización va generalmente a la par con una modificación de la enciclopedia que introduce entre grado concebido y grado percibido una estructura lógica de intersección y no solamente de inclusión. Es decir que tales figuras se acercan a la metáfora. Tomemos un ejemplo de Raymond Queneau: "Los rábanos lo esperaban, y el gato que aulló esperando las sardinas, y Amelia [...]. El dueño de casa mastica los vegetales, acaricia al animal y responde al ser humano." En ese ejemplo, la relación "rábanos" / "vegetales" no es solamente de generalización. En el contexto doméstico puesto en escena por la novela, la generalización esperada hubiera sido "verdura". "Vegetales" introduce de hecho otro universo general de categorización. Universo que no es doméstico, sino botánico y radicalmente diferente del primero. La categoría "verdura" no existe en el campo de los botánicos, cuyas categorizaciones trascienden (botánicamente hablando, una verdura puede ser una fruta, una raíz, un tallo, una hoja, hasta una flor). Figura, en efecto, pero no es seguro de que se la pueda describir como sinédoque.

La metáfora es la única que cuestiona los principios de estructuración y parece que se refiere con más intensidad a los principios fundamentales (como, por ejemplo, las oposiciones animado vs. inanimado), la recategorización producida por la metáfora puede situarse en los más altos niveles del árbol de las disyunciones. Pero por el contrario, la lectura metafórica no ocurre cuando las entidades en presencia pertenecen al mismo nivel. Fuera de contextos muy es-

peciales, "abedul" nunca es la metáfora de "fresno", ni "gato" de "perro". En tales casos la reacción a la desviación es de tipo 1 o de tipo 2. Cuestionando las estructuraciones más fundamentales y reemplazándolas por principios nuevos pero del mismo nivel de generalidad, la metáfora tiene pues el más alto rendimiento cognitivo. Para retomar, traicionándola débilmente, una expresión de Perelman, ella "fundamenta la estructura de lo real".

### 3.4. Conocimiento retórico y conocimiento científico: Una base común

Todo lo que precede permite afirmar que en un primer examen, la retórica crea sentido exactamente según el modelo de la *démarche* científica: propone nuevos recortes de lo concebible. Cuando el poeta escribe:

(5) Azules ángelus,

se funda sobre el presupuesto existencial (5') "Hay ángelus azules", lo que postula al mismo tiempo la existencia de (5'') "ángelus no azules". Esta nueva segregación de cualidad tiene tres consecuencias sobre la enciclopedia.

La primera: concede una propiedad hasta entonces desconocida a la entidad que es el ángelus: su coloración. Lo que crea un eje "ángelus incoloro" vs. "ángelus coloreado", en donde se oponen dos entidades nuevas, y en consecuencia nuevas clases.

La segunda consecuencia es que el emisor propone un embrión de análisis de la propiedad de ser coloreado que aplica a "ángelus": aquí, este análisis corresponde al eje azul vs. no azul. De la misma manera cuando Dell Hymes escribe:

(6) Incoloras ideas verdes duermen furiosamente,

explora figuradamente la "cromaticidad" de la idea (cualidad que es nueva sólo parcialmente: existían ya las "ideas negras" visualizadas por Franquin). Lo

hace oponiendo las entidades que son las ideas coloreadas y las ideas incoloras. Encontramos, pues, en todas partes, la estructuración disyuntiva que he ubicado en la base de toda actividad cognitiva, y en consecuencia retórica. Esta estructuración se ve favorecida (y no bloqueada) por la producción de sentidos llamados *figurados*.

La tercera consecuencia de la figura es que impulsa a establecer nuevas interacciones entre cualidades. Así, si estamos de acuerdo en atribuir a la entidad "ángelus" las cualidades "sonoro" y "mariano" que preexiste en la enciclopedia, percibimos fácilmente que la cualidad "azul", nuevamente admitida por el "ángelus" es compatible débilmente con "sonoro", pero lo es en consecuencia fuertemente con "mariano". Es necesario concluir en ese punto: no hay, como lo deja entender un pensamiento vulgar y perezoso, "dos especies de saber". El saber es uno y se concretiza según los mismos procedimientos tanto en el discurso científico como en el retórico. El primero, radicaliza la *démarche* cognitiva clásica. El segundo, la imita de manera creadora. Gracias a la elaboración de las cualidades y de las entidades, la *démarche* científica conjuga siempre dos maniobras. Por una parte plantea unidades, distintas las unas de las otras y de lo que las rodea; y por otra, establece relaciones entre esas unidades. La retórica no actúa de otra manera: distingue entidades nuevas a las que confiere cualidades nuevas y que conecta de manera nueva.

La retórica ve así que su estatus se precisa. Entre otras cosas, es la parte creativa del sistema semiótico: la que permite hacerlo evolucionar por la producción de nuevas relaciones entre unidades, y, en consecuencia (puesto que son las relaciones las que fundan la naturaleza de las unidades), por la producción de nuevas unidades. Es en consecuencia un elemento motor que se sitúa en un lugar privilegiado: en la frontera siempre móvil trazada por las reglas del sistema. Un sistema para seguir siendo dinámico

debe comportar siempre en efecto un componente evolutivo.

Como lo hemos dicho, el lugar de lo retórico es así paradójico: a la vez fuera y dentro. Otra paradoja es que lo retórico es a la vez regresivo y progresivo. Progresivo como lo hemos mostrado. Regresivo, como lo vamos a ver.

### 3.5. El conocimiento retórico como *démarche* regresiva

Lo hemos visto, la figura interrumpe estructuras semióticas socialmente establecidas. Como el sentido proviene del recorte, la figura juxtapone pues, a la creación del nuevo sentido que propone, una destrucción parcial de los sentidos establecidos. Los enunciados como (1) y (3) cuestionan la clase de animales tal como ha sido estabilizada hasta ahí, y un enunciado como (2) el de los objetos del hogar. Este aspecto de las cosas imita un movimiento general de abolición del sentido, y sugiere que todo recorte puede ser suprimido, lo que destruiría evidentemente toda semiótica. Ese movimiento sugiere así que un retorno al magma original, oceánico es posible.

A la vez regresivo y progresivo, lo retórico enlaza con él los dos tipos de placer ligados a esas dos *démarches*: el placer fusional, tradicionalmente atribuido a la poesía, y el placer del saber, tradicionalmente atribuido a las actividades estructurantes. La oposición entre saber y poesía, si tiene alguna pertinencia no se coloca pues en el terreno del placer. Porque la poesía, en la medida en que moviliza lo retórico, presenta también la actividad estructurante que se le atribuye muy a menudo en propiedad exclusiva a la ciencia.

### 4. Sentido científico y sentido retórico: tres oposiciones de naturaleza pragmática

Subsiste un problema. ¿No habría, en el cuadro único que acaba de ser trazado, una diferencia de natura-



entre el sentido retórico y el sentido científico? Esta diferencia existe, y se establece hasta en tres planos. Sin embargo, hay que notar, esas diferencias no son esenciales, sino accidentales: tienen un valor pragmático solamente.

### III. Estabilidad vs. inestabilidad.

Primera oposición: El sentido científico está por definición destinado a estabilizarse, mientras que el sentido retórico tiende por definición a permanecer inestable. Por estabilidad e inestabilidad entiendo propiedades a la vez sociales y temporales como lo indica el cuadro siguiente:

	Sentido científico (estabilidad)	Sentido retórico (inestabilidad)
Punto de vista social	Universalidad	Individualidad
Punto de vista temporal	Permanencia	Instantaneidad

Decimos muchas veces que la ciencia apunta a la generalidad más alta. En el plano social, el saber científico está compartido, y la reestructuración científica se da con un alcance universal. Frente a él, el saber retórico es por definición errático. Es individual; está tanto en el cerebro del emisor como en el del receptor. Venimos, en efecto, fácilmente, que el emisor toma la responsabilidad de la desviación e impone pues a su interlocutor realizar una reevaluación; pero este último conserva toda su libertad. Puede ignorar "azules ángelus" (es la reacción N°1) o rechazarlo (es la reacción N° 5). Puede corregirlo como un error (reacción N° 2). Pero puede también admitirlo. Si lo admite, puede considerar que esta predicación vale para él solo (reacción N° 3), como puede hacer de ello una ley universal (reacción N° 4). En fin, en su manifiesto de admisión, el interlocutor tiene toda la libertad para calcular de ma-

nera diferenciada las nuevas relaciones entre las propiedades que es invitado a elaborar.

En el plano temporal, la reestructuración científica se define también como universal; es decir, que apunta a la permanencia. Por lo menos hasta que el nuevo recorte venga a relativizarla. Por el contrario, la reestructuración retórica se da como momentánea. Así, cuando Eluard escribe:

(7) Las estaciones al unísono,

la cualidad nueva de simultaneidad que se atribuye a la relación entre las entidades "estaciones" tiene sólo exis-

tencia en el momento de la lectura o de la rememoración del poema de Eluard. Fuera de esas circunstancias, nuestra enciclopedia continúa atribuyéndole la cualidad "sucesividad", de modo que si debo salir al invierno, aun con el corazón excitado por la poesía de Eluard, no dejaré de ponerme un liviano abrigo. El adagio según el cual hay ciencia sólo de lo general debe pues también extenderse al sentido temporal. Numerosos ejemplos históricos atestiguan que en el par estabilidad vs. inestabilidad (y especialmente en su hipótesis instantaneidad vs. permanencia) reside la oposición entre el sentido científico y el sentido retórico. Los sentidos metafóricos pueden en efecto socializarse a la larga, y a partir de ahí dar nacimiento a lo que se ha reconocido socialmente como ciencia. Pensemos en la teología: en universidades contemporáneas hay Facultades de teología; esto parece indicar que

para los responsables de la organización de las actividades que tienen lugar ahí, la teología constituye una ciencia cuyos conceptos pueden pretender a la universalidad. Pero otros, y lo sabemos, consideran que esos conceptos son del mismo tipo que los de la poesía. Podemos multiplicar los ejemplos de ese género: el materialismo dialéctico era antiguamente tema obligatorio en ciertas facultades, mientras que algunos no dudan en ver ahí una especie de teología. Conocemos, históricamente, muchos casos de enunciados que han sido antes objeto de una lectura estable, pero que son hoy objeto de una lectura inestable (es el caso de los textos religiosos leídos como poesía). Pero lo inverso es verdadero; predicaciones inestables en un momento dado, como "la tierra es redonda" o "la sangre circula", pueden ulteriormente ser objeto de un análisis que las hace estables.

Vemos pues que el par estabilidad vs. inestabilidad no está dado. Es la decisión de conferirle estabilidad o inestabilidad a un sistema lo que hace inclinar a éste del lado de la ciencia o de la retórica. Pensemos en enunciados como:

(8) Esto es mi cuerpo.

Fue, en ciertas épocas, la decisión de ver ahí una figura o no lo que hacía de su intérprete un ortodoxo o un herético. Un mismo enunciado puede corresponder a dos actos de habla distintos: un acto científico y un acto retórico.

La oposición estabilidad vs. inestabilidad presenta dos corolarios, sobre los cuales me extenderé ampliamente.

El primero es que, puesto que la ciencia es considerada general, perdemos ahí toda aprehensión fenomenológica de los fenómenos de los cuales ella se ocupa. Se invalidan los efectos de presencia inmediata. Todo el mundo puede ver caer manzanas, tomarlas de la cabeza, recogerlas, masticarlas. Pero cuando un Newton de-

duce la ley de atracción de las masas, el hecho de la caída de los cuerpos se aleja de nosotros, ya se trate de los frutos o de los banqueros de Wall Street. Inversamente porque es individual, la reestructuración retórica, ya sea que actúe en el campo estético o filosófico, apunta muy bien a asegurar esta aprehensión fenomenológica. Lo estético de la literatura ha tomado frecuentemente esa idea, hablando de remotivación de los signos con una fórmula con imágenes pero falsa.

El segundo corolario es que la estabilidad (permanencia + universalidad) hace las cosas comparables. Justifica la previsión que es una de las misiones que se asigna la ciencia. El discurso retórico sólo autoriza comparaciones en el instante. Destruye, pues, toda previsibilidad.

#### 4.2. Restricción vs. multiplicación

La segunda oposición reside en el carácter autorregulado del discurso científico. Malthusien limita no el número de entidades que estudia, sino más bien el número de sus cualidades y el de sus relaciones. Y para eso, da reglas muy restrictivas. Son, por ejemplo, los principios de economía, de no contradicción, de tercero excluido, de biunivocidad. Con esas reglas rompe el sistema enciclopédico creado por la metáfora. Retomemos el ejemplo (6). Hemos visto que este enunciado establece la existencia de un universo conceptual estructurado de manera que "verde" se ha convertido en una subcategoría de "incolore"; y existe, de manera más general, la categoría "incolore coloreado". Esto aparece como una contradicción con relación al estado del sistema conocido, pero también a los principios del pensamiento científico tales como los hemos definido anteriormente. Pero insistamos una vez más sobre el hecho de que la oposición es de naturaleza pragmática. Se trata de normas del discurso (nivel *m*). Lo esencial, que se sitúa en el nivel superior *n*, permanece intacto. Los dos dis-

cursos crean oposiciones estructurantes.

Precisemos un poco esto. Podríamos creer que la oposición entre el discurso científico y el discurso retórico es una actualización de la oposición axiomático vs. no axiomático.

Los sistemas axiomáticos son plenamente tautológicos. Un axioma es un enunciado no indemostrable, pero que es aceptado sin demostración. Se admite que la ciencia es un conjunto de enunciados axiomáticos. Pero lo que casi no se ve, es que lo retórico y particularmente lo poético constituye también un conjunto de enunciados axiomáticos. La retórica se preocupa en efecto más de lo que se lo quiere admitir, de la coherencia inmediata de los enunciados. El discurso surrealista entreteje la metáfora; aun la fatrasía medieval recupera, gracias a la recurrencia de las mismas figuras de contradicción, una forma de coherencia (cf. Grupo  $\mu$ , 1977). Existe, de todas maneras, entre discurso científico y discurso retórico una diferencia relativa a la axiomatización. Pero es una diferencia de actitud de los actores sociales. En el dominio científico, la axiomatización tiende a la universalidad. Ahí se respeta mejor el principio de la independencia de los axiomas (que no pueden contradecirse o derivar unos de los otros). En el discurso retórico, el sujeto puede pasar de un sistema axiomático asumido momentáneamente a otro, también temporario. Como vemos, encontramos aquí la primera oposición.

#### 4.3. Verificabilidad vs. inverificabilidad

La tercera oposición es la siguiente: las categorizaciones científicas son verificables, no es el caso de las categorizaciones retóricas.

Por verificables podríamos primeramente entender que el enunciado científico y retórico no puede ser con-

frontado con la experiencia de la misma manera. Sabemos, en efecto, que la verificabilidad del enunciado científico se desprende de su carácter universal y previsible, y puede hacerse por vía de la experiencia. La experimentación consiste en verificar que una entidad dada posea la cualidad de previsible, es decir, la que su pertenencia a su categoría le ha conferido: "si todas las *x* son *p*, luego cualquier *x* será *p*". El examen permite afirmar la verdad o la falsedad de la aserción "todas las *x* son *p*." No podemos proceder de la misma manera con el enunciado retórico. Si de (5) inducimos que "todos los ángeles tienen un color", deberíamos poder someter cualquier ángel a un examen visual, que demostraría la falsedad de la aserción. Pero contrariamente a una idea extendida, las proposiciones retóricas no se definen por su falsedad. Podemos introducir la negación en el ejemplo canónico.

(9) Aquiles es un león,

lo que da (9') Aquiles no es un león. Esta negación suprime la contradicción y hace de él un enunciado verdadero, que hasta se emparenta con la tautología. Es ése el estatus que tiene el adagio célebre

(10) Ningún hombre es una isla.

Esos enunciados verdaderos (9) (10) continúan siendo, sin embargo, metafóricos, como aplicación del principio de cooperación. En efecto, si mi interlocutor se toma la molestia de afirmarme que un hombre no es una isla, o no es un animal, es que la posibilidad existía de que pudiera serlo. El enunciado prevé, pues, la posibilidad de atribuir la cualidad de insularidad o animalidad a la entidad *hombre*. (Observemos al pasar que cuando intenta clasificar los contenidos implícitos, la literatura lingüística desliza muy a menudo el sentido retórico entre los sobrentendidos. Pero observamos aquí que ese sentido puede ser considera-

de parcialmente como el presupuesto de "un hombre es una isla" y "ningún hombre es una isla" no tienen evidentemente el mismo sentido, el hecho mismo del sentido trópico se resiste a la negación, como se resiste también a la interrogación.)

El criterio de la verificabilidad como se desprende de la experimentación, no es pertinente para distinguir el discurso científico del discurso retórico.

Es necesario más bien pensar en una no verificabilidad o verificabilidad muy discursivas, que residen en el mecanismo de apropiación de los enunciados. En el universo científico, se hace un determinado uso de los enunciados: se rechaza un enunciado no verificable, y no puede en consecuencia modificar la enciclopedia; la ambigüedad de cualidad que se ha revelado insatisfactoria es abandonada, y se busca otra, que puede no tener nada que ver con la primera. En el uso retórico de los enunciados, la lectura insatisfactoria puede dejar igualmente lugar a una búsqueda de lectura más satisfactoria. Pero la diferencia está en que aquí la primera lectura puede servir todavía. Por muy no verificable que sea, un enunciado puede ser asumido, y modificar la enciclopedia.

Tomemos un ejemplo de Henri Michaux. Dirigiéndose a la desgracia el poeta declara:

(11) Soy tu ruina.

La palabra *ruina* puede tener el sentido de "acción de destruir" pero también el de "lo que es consecuencia de la acción de destruir". Esos dos sentidos permiten proponer dos paráfrasis diferentes de (11): (11') "Te destruyo" y (11'') "He sido destruido por ti." Diferentes, esas paráfrasis son al mismo tiempo antinómicas, puesto que el que habla es, en una hipótesis sujeto del proceso y en la otra hipótesis objeto del proceso. Como lo muestra la encuesta realizada con un centenar de lectores, el contexto inmediato no permite diferenciar. Pero cierto número de

esos lectores asumen simultáneamente las dos lecturas, aunque sean antinómicas. La justificación de ese hecho es el contexto más general de la temática de la obra de Michaux, en donde la destrucción y la derelicción van a la par con el rechazo.

En una palabra, el uso retórico de los enunciados es acumulativo; mientras que el científico es maltusiano: todos ellos llevan harina a su molino. Es doblemente polisémico: no sólo las unidades que armoniza pueden tener varios sentidos, sino también yuxtapone las lecturas; jerarquizándolas tal vez pero sin reducirlas a la unidad.

Más que las otras, esta última oposición es de tipo pragmático. Se percibe la reestructuración científica como asegurando una mejor captación de las cosas; se la vive a modo realista. La ciencia, como institución, está dotada de un elemento ejecutivo, externo a sí misma, susceptible de modificar la vida cotidiana de cada uno. La reestructuración retórica, en cambio, es vivida en el mundo fantasmal. Juega con el "como si", imita las *démarches* científicas y se propo-

ne nuevas categorías sin peligro y a título exploratorio.

Pero que estas oposiciones pragmáticas importantes no ocultan el profundo parentesco entre la *démarche* científica y la *démarche* retórica, parentesco que una semiótica cognitiva realza. Este parentesco, estrecho, Nietzsche ya lo había sentido:

¿Qué es la verdad? Una multitud moviente de metáforas, de metonimias, de antropomorfismos; en una palabra, una suma de relaciones humanas que han sido poéticamente y retóricamente realzadas, transpuestas, adornadas y que después de un largo uso a un pueblo le parecen firmes, canónicas y limitativas. Las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que han sido usadas y que han perdido su fuerza sensible, piezas de moneda que han perdido su impresión y que entran a partir de ese momento en consideración no como piezas de moneda sino como metal. (*Le Livre du Philosophie*, París, Aubier Flammarion, p. 181-182. Citado por Jacques Derrida, 1972, p. 258-259.)